

LECTURAS

Futuro imperfecto

Iris, la apuesta fallida del boliviano Edmundo Paz Soldán por la ciencia ficción



EDUARDO SAN JOSÉ

Que los narradores hispanoamericanos han dejado atrás la ansiedad identitaria de sus mayores se demuestra en la novela de ciencia ficción de **Edmundo Paz Soldán** (1967), boliviano de Cochabamba; digamos, donde la ciencia en sí es una ficción. Hasta hace poco la novela de ciencia ficción de un boliviano sólo podría ser una crueldad de **Borges** o una humorada de **César Aira**. Pero la universalidad de la narrativa hispanoamericana es hoy más que la superstición del cosmopolitismo o la maldición del exilio.

Iris emplaza al lector en un conflicto de ocupación neocolonial que resume cualquiera de los abiertos en el mundo. Iris es la región en disputa, colonia minera asolada por experimentos nucleares, donde los nativos, mutantes esclavizados, han iniciado la insurgencia. Ignoramos su ubicación en un futuro impreciso, una distopía de razas nuevas, ciborgs y humanoides en la que se entrevén las transformaciones ocurridas en el mapa político. La metrópoli, Munro, sabe que el emergente imperio mundial, Sangai, conspira por la independencia con el líder irisino Orlewen, y busca la protección del viejo imperio, el Reino. Su localización aún es más misteriosa: se menciona como isla (p. 280) lo que a veces parece satélite o plataforma, gobernada desde la ciudadela del Perímetro, dependiente de Munro. Pero la colonia es explotada en verdad por la corporación Saint Rei, en sí un estado con administración propia.

Aprovechada para colonia penitenciaria, los soldados, empleados y funcionarios, voluntarios o forzados, firman un contrato de no regreso: «Lo esencial era que si habíamos terminado en Iris significaba que no nos había



Edmundo Paz Soldán.



Iris

EDMUNDO PAZ SOLDÁN
Alfaguara, 2014, 367 páginas

ido bien [...]. Sólo gente sin futuro estaba dispuesta a buscarse uno en Iris» (p. 107). Un escenario viciado de base, que favorece la tiranía como la traición, la xenofobia como el acriollamiento, la drogadicción como el fanatismo reli-

gioso, arrojados los metecos en brazos de la fe narcótica de Xlött, dios de los insurgentes.

No es una novela complaciente ni fácil. Para comenzar, tropieza en la neolengua del relato, jerigonza de «span-glish» y oralidad con un diccionario particular más extenso y complejo que los de **Crónicas marcianas, 1984** o **La naranja mecánica**. El lector tardará mucho en hacerse a él; quizá cuando ya haya descubierto que la historia ha dejado de interesarle. Esto, por dos razones.

Primero, a pesar de su toma de impulso, el relato no es tal, sino una reiterativa circunstanciación: la agónica espera del colonizador en el corazón de las tinieblas; el dilema de la resistencia del colonizado, alianza o suicidio. Cinco personajes sostienen la narración: Xavier, soldado voluntario, testigo incómodo del terrorismo irisino y desaparecido en las cloacas estatales (quizá un traidor); Reynolds, oficial de Saint

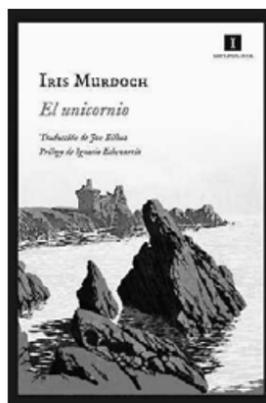
Rei, el orden sin ley, ejecutor impasible de la guerra sucia (quizá un humanoide); Yaz, doctora militar, camello y amante de la guarnición, seducida por la religión irisina (quizá una puta); Orlewen, mítico líder de la insurgencia, profeta en armas, una leyenda que se pierde en los deseos de su pueblo (quizá una ficción); y Katjia, hermana de Xavier, investigadora enviada por Munro contra la guerra sucia (quizá una ingenua). Por turno ingenuos, traidores, máquinas, putas o ficciones, los personajes se confunden en una guerra de nervios que no acaba de empezar: pero que también así termina por exasperar al lector.

Y segundo, comete el pecado capital de la ciencia ficción, género que no puede permitirse la falta de imaginación. Sin necesidad de ser un **Leonardo** o un **Julio Verne** en el ingenio tecnológico, se precisan más argumentos que aquí, donde los personajes ven fútbol, van al cine o usan gafas virtuales en red con otros nombres («fut12», «hologramón» y «lenslets»); y donde los pronósticos y reflexiones sobre biociencia o el futuro energético se quedan en vagos apuntes. En lo sociopolítico tampoco se aventura la novela, empeñada en perfilar trillados ambientes retrofuturistas a los que hemos acostumbrado la retina (**Blade runner**, **Distrito 9**) y que habría creado con dos trazos, mientras los temas (neocolonialismo y «orientalismo», individuo y poder) siguen sin pasar de notas sin desarrollo.

Todo, para una recta alegoría de Palestina o Afganistán que no necesitaba de este largo rodeo, con páginas de gran calidad, pero innecesario de raíz. Quisiera y no sé decir otra cosa de una de las novelas más ambiciosas de la narrativa hispanoamericana reciente, y de un escritor notable y riguroso, autor, por ejemplo, de una buena novela sobre la migración a los Estados Unidos, como es **Norte** (2011); agradezco como lector su riesgo, pero aquí ha subido una apuesta fuerte a una carta extraña, que ojalá no penalice una trayectoria como la suya.

Murdoch, a caballo de lo gótico y la Filosofía

Resalta **Ignacio Echevarría** en su prólogo a **El unicornio** (1963) que esta obra, suerte de cruce entre novela gótica y cuento de hadas, resulta ser de las menos representativas de la gran escritora dublinesa **Iris Murdoch**. Lo cual lejos de ser demérito, la ha convertido, por su rareza, en favorita de no pocos lectores. Murdoch, que en 1954 había tenido un esplendoroso debut con su aplaudida **Bajo la red**, es siempre tan fabuladora como filósofa, pues, al fin y al cabo, la Filosofía fue su campo de pruebas académico y a ella dedicó muchos desvelos. No es de extrañar, pues, la reflexión sobre lo bello y lo real que atraviesa esta historia de una joven que acude a un remoto castillo irlandés para encontrarse con que, en vez de ser institutriz como creía, está destinada a ser lectora y acompañante de una extraña mujer. Esa mujer, Hannah, es propiamente el unicornio al que alude el título, el centro en torno al que gira una trama infatigable en la que las expectativas del lector se quiebran cada tanto, mientras le envuelve un creciente desasosiego.



El Unicornio

IRIS MURDOCH
Traducción de Jon Bilbao
Introducción I. Echevarría
Impedimenta
352 páginas
22,70 euros

Entradas de un diario de la falsa calma

Al protagonista de **La paz de los vencidos**, un inmigrante peruano en Tenerife, le gusta leer. Por eso suele llevarse un librito a su trabajo de vigilante de un garito de tragaperras, donde, por cierto, tiene prohibido leer. Al protagonista de **La paz de los vencidos** también le gusta escribir, pero se contenta con llevar un diario, aunque estima que «el escritor que se dedica a escribir un diario es cualquier cosa menos un escritor». A través de ese diario, parido de octubre a abril casi como una memoria de un curso académico, el lector toma tierra, descubre la animosa falta de expectativas vitales que asedia al peruano y, de repente, ve trastocarse todo el andamiaje rumbo a derroteros insospechados. El peruano **Jorge Eduardo Benavides** (Arequipa, 1964), que pasó una década de su vida en Tenerife, tiene una ya larga trayectoria como autor de novelas en las que el realismo de impronta urbana se tiñe de fantasía de estirpe cortaziana. **La paz de los vencidos** le ha valido el reconocimiento del premio de novela «**Julio Ramón Ribeyro**».



La paz de los vencidos

JORGE EDUARDO BENAVIDES

Nocturna
216 páginas
15 euros